

EL VIEJO

Pau March

Image not found.

Capítulo 1

EL VIEJO

Tenía por costumbre todas las tardes bajar con mi hijo al parque cerca de casa. Allí pasábamos un par de horas todos los días, paseando y viendo cosas y gentes aquí y allá y explicándole al crío las cosas de la vida. Tenía tan solo seis años y comenzaba a preguntar por todo: que si por qué esto que si por qué aquello. Cosas de la edad, cosas de críos, cosas de la vida.

Solía comprarle alguna chuchería para él y la prensa para mí, pues no tenía tiempo de leerla en las mañanas por el trabajo. Y así pasábamos las tardes; el crío jugueteando con otros de su edad, y yo observando a otras madres y padres con sus hijos, mientras ojeaba la prensa. Y también, todas las tardes, conversábamos con un viejo.

Era don Tomás. Un viejo ya muy entrado en años, más bien un anciano; bien vestido, siempre con sombrero, y con unas gafas graduadas y bastante oscurecidas. Un marcado acento delataba que era extranjero. De Francia decía que era; que vino aquí hace veinte años al jubilarse, y ha vivido todo este tiempo con su hijo, que se casó con una española, de la que se separó hace cinco. Por desgracia, su hijo murió en un accidente de tráfico un año atrás, por lo que el hombre estaba completamente solo desde hacía un tiempo.

Era un viejo agradable, chistoso y agudo; buena conversación y buena compañía. Le gustaban los niños y siempre guardaba alguna sorpresita o regalito para mi hijo; alguna golosina, algún caramelo o juguetito. Era como su abuelito del parque. Le hacía reír y jugaba con él mientras yo leía y les observaba. Pasado el tiempo y ya con cierta confianza, dejaba algunos ratos el crío al cuidado de viejo, y yo aprovechaba para hacer alguna compra o alguna gestión.

El siguiente lunes no apareció el viejo. Era extraño en él, pues no dejaba de asistir al parque ni una sola tarde. Tampoco le vimos el martes y mi hijo comenzó a preguntar por él, por su abuelito del parque.

—Papá, ¿dónde está el abuelito don Tomás?

—No sé cariño, estará enfermito.

—¿Vamos a verle, papá?

—No sé donde vive ni tengo su teléfono. Tranquilo cielo que seguro

mañana aparecerá.

Así transcurrió casi toda la semana; ni miércoles ni jueves, algo había pasado con el viejo. "¿Y si ha fallecido solo en su casa?" me preguntaba yo, pues aquello era sumamente extraño. Hacía unos seis meses que le conocíamos, y nunca había faltado a su cita en el parque. "Qué lástima— me decía yo— un viejo tan amable y tan agradable; un viejo realmente entrañable. ¿Qué habrá pasado?..."

El viernes tampoco apareció. Me acerqué al quiosco con mi hijo y como todas las tardes compré la prensa.

Entonces vi al viejo...

En primera plana estaba la foto del viejo, la de don Tomás, y le seguía un titular:

"Ha sido detenido Thomas Braun, antiguo comandante de las SS, apodado *El Ogro*, responsable de la muerte y exterminio de más de tres mil menores de doce años en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Estaba siendo vigilado desde meses atrás, y se sospechaba que tenía hijo y nieto. Finalmente se descartó esa idea y se comprobó que vivía solo, en el número 45 de la calle de los Santos Inocentes..."

Cerré el periódico, acerqué al pequeño hacia mí y le di un beso en la frente.